



DON PEDRO MORENO

Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del "Sombrero,"
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los Lagüeños,
Del rancho del Venadito
Escapa con bravo esfuerzo,
Después de dejar á Mena
Entre los verdugos preso.
¡Oh qué tremenda sorpresa!
¡Oh qué dolor! ¡oh qué duelo!
¡Qué bravura tan estéril
Y qué corazón tan negro
El que alentaba de Orrantia
Lo indigno y mal caballero!
Escapó medio desnudo,
Mas con su espada, don Pedro
Esperando en una cueva
su criado traicionero,
Que le vendió al enemigo
En vez de darle consuelo.
Aguardaba sus caballos
El bravo insurgente inquieto,
Cuando oye tropel confuso
Que se le acerca violento;

Eran los hombres de Orrantia
Que como lobos hambrientos
Se lanzaban á su presa
De ardiente furor rugiendo.
Moreno, altivo, orgulloso
Les esperaba soberbio,
Y los primeros que llegan
Quedaron á sus pies muertos.
Entónces aquellas fieras
Ceban en él sus aceros,
Y él relucha y acomete
Y rompe el terrible cerco,
Y derribado combate
Hasta el postrimer aliento,
Dejando á sus enemigos
Baldón, infamia y desprecio
Al dejarles el despojo
De su cadáver sangriento.

Orrantia manda que corten
La cabeza del guerrero,
La claven en una pica,
Y á Lagos la lleven luego,
Donde en alto la miraba
Triste é iracundo el pueblo,
Predicando Independencia,
De heroísmo dando ejemplo,
En vez de servir horrible
De advertencia y escarmiento.

GUILLERMO PRIETO.



LA CORREGIDORA

I

Agotado el sufrimiento
por tantas iniquidades,
un grupo de hombres virtuosos,
de corazón, sin alardes,
sin pretensiones aviesas
ni ambiciones reprochables;
en patrio amor encendidos
desarrollaba sus planes,
que eran el darse una patria
libre, hermosa, unida y grande.
Don Miguel Hidalgo, el Cura
de Dolores, era el padre
de la idea redentora;
y la llevaba adelante
alentando á sus amigos
con esa palabra fácil,
vigorosa y convincente
que de los cerebros parte,
cuando se defienden causas
que de la justicia nacen,
y la verdad las apoya
y la virtud les dá realce.
Aldama, Allende, Abasolo,
tres gallardos capitanes

de Dragones de la Reina,
y que en San Miguel el Grande
se encuentran acantonados,
y son valientes y leales,
el capitán Joaquín Arias
que en Celaya está de avance,
y el teniente Lanzagorta,
platicador indomable,
valeroso, más prudente,
y discreto aunque parlante,
eran de los conjurados
con el presbítero Sánchez,
los dos hermanos Gutiérrez,
don Emeterio González,
Mariano Galván Rivera,
Villaseñor, Juan Cervantes,
el Corregidor Domínguez,
Juan Ochoa, y aun el alcaide
Ignacio Pérez, el héroe
de quien se sirvió no en balde
la noble doña Josefa,
para dar en breves frases,
el grito de alarma al Cura
y á los bravos capitanes.

II

Como la raza de Judas
viene á través de los siglos
perpetuando su abolengo
y ensanchando sus dominios;
entre aquellos luchadores,
hombres patriotas y dignos
que luchaban impacientes
sin medir los sacrificios,
por conquistar una patria
libre, grande y de prestigio;
no faltó un traidor avieso,
un Iscariote maldito,
que denunciara cobarde

los trabajos emprendidos,
 y los nombres de las gentes
 que tan glorioso camino
 llenas de fé y de esperanza
 buscaran sin egoísmo;
 y que gustosas marchaban
 al triunfo ó al sacrificio.
 Mariano Galván, dos veces
 de su puño y letra escrito,
 mandó el infame denuncia,
 que al pronto no fué creído,
 dada la insignificancia
 del traidor, mas fué preciso
 darle asenso, á la insistencia
 de la delación, y al mismo
 tiempo, asegurar á todos
 para esclarecer el dicho.
 Sabiendo esto Juan Ochoa,
 temeroso del castigo,
 y pensando así salvarse,
 fué y se delató á sí mismo,
 y al capitán Joaquín Arias
 le confesó su delito.
 El Corregidor Domínguez
 recibió expreso rescripto
 de aprehender á los culpables
 y atarlos con fuertes grillos.
 Para cumplir el mandato,
 pues es correcto y cumplido
 sale en busca de la fuerza
 que debe prestarle auxilio,
 y al salir cierra la puerta
 con llave, pues precavido
 sospecha, que si la orden
 la señora oyó, de fijo
 tratará de entorpecerla,
 llevada del patriotismo.

III.

Luego que sale Domínguez,
 la sagaz doña Josefa,
 que se ha enterado de todo,
 tras una mampara, atenta,
 pega en la pared tres golpes,
 convenida contraseña
 con don Ignacio, el Alcaide,
 quien sin oponer espera,
 ocurre al toque de alarma
 y halla cerrada la puerta;
 pero al escuchar sus pasos,
 con su mujeril cautela,
 por el ojo de la chapa,
 le habla así doña Josefa:
 "Sin pérdida de momento,
 vaya en rápida carrera
 hasta San Miguel el Grande,
 y diga á Allende que sea
 hoy mismo el levantamiento,
 ó la muerte les espera,
 porque ha sido denunciada
 la conspiración, y llegan
 tal vez esta misma noche
 las indispensables fuerzas
 para aprehenderlos á todos,
 y matar la santa idea,
 junto con los que han tenido
 el valor de proponerla."
 "Váyase luego á Dolores,
 que el señor Cura lo sepa;
 que se levanten hoy mismo,
 y que en seguida se vengan
 á salvarnos, porque somos
 aquí la segura prenda
 que el Virrey tiene en la mano,
 y en la que con saña fiera
 ha de saciar su venganza
 y el odio que nos profesa;

pero no importa la vida,
yo gustosa la ofreciera
si con ese sacrificio
comprara la Independencia."

IV

Como rayo, el buen alcaide
parte, ó como una saeta,
fustigando á su caballo,
que no corre, sino vuela;
en seis horas de camino
eruzza una distancia inmensa,
y á los nobles capitanes
dá la terrible sorpresa,
haciéndoles el relato
que oyó de doña Josefa;
y que sirvió como sirve
fúlgida descarga eléctrica
para anunciar formidable
aquella hermosa tormenta,
que surgió del pueblo humilde
ante la palabra excelsa
del anciano venerable,
que sin la noticia aquélla
de la mujer más insigne
que la Historia nos presenta,
en la garganta del Cura
ahogada quedado hubiera;
y aquel GRITO que en Dolores
fué la luminosa tea
de la cruzada sublime
que nos legó Independencia,
no hubiera escuchado el mundo,
y por eso se venera
el nombre de esa matrona,
la "Insigne Doña Josefa."

RAFAEL NAJERA.



La Campana de Dolores



LA CAMPANA DE DOLORES

I

El campanario invisible
De la fantástica iglesia
Que en el seno de la sombra
Oculta su mole negra,
Lanzó á vuelo su campana
Madrugadora y parlera,
Haciendo vibrar los ecos
Atónitos de la aldea.
Aun cintilaban arriba
Como joyas las estrellas,
Y también la "vía láctea"
Que es incienso de la esfera.
Aun no surgía en el éter
El alba de luces trémulas,
Y el gallo apenas había
Gritado su ronco alerta.....
Pero vibró de improviso
En la atmósfera serena,
El clamor de la campana
Y el pueblo al punto despierta.
Los vecinos de Dolores
Que al dulce sueño se entregan,
Al oír aquel clamor,
Peligros temen y crean.

Mas también el bronce amigo
 Les habla tan dulce lengua,
 Que su corazón con él
 Late á compás y voltea.
 Era el que al nacer, al niño
 Daba alegre enhorabuena,
 Y el que al morir, por el hombre
 Alzaba plegaria austera;
 El que la tromba ahuyentaba
 Al rebramar la tormenta,
 El que el "Angelus" unía
 De la tarde á la tristeza;
 El que á la vida del pueblo
 Daba dirección y regla,
 Marcando todos sus pasos
 Desde la cuna á la huesa....

Cuando voz amiga llama,
 El alma tras ella vuela:
 Por eso al tañido santo
 Responde toda la aldea.
 Así al rebaño disperso
 La esquila agreste congrega,
 Así argentino repique
 Vuelve al panal las abejas,
 Y allá van los campesinos
 Presurosos á la iglesia,
 Diciendo al correr, al bronce:
 "¡Vamos, ya vamos, espera!"

II

A la nave casi oscura
 Del curato de la aldea,
 Silenciosa muchedumbre
 Sin cesar acude y llega;
 Y ocupa el vasto recinto,
 A los rincones penetra,
 Y sube hasta el presbiterio
 Como ascendente marea:

No hay otra luz en la sombra
 Más que la de santas velas
 Que sobre el altar mayor
 Ardiendo chisporrotean.
 Lo temprano de la hora,
 La santidad de la iglesia,
 Lo desusado del caso
 Y la obscuridad intensa,
 Dan un tinte misterioso
 A tan insólita escena,
 Diluyendo en el ambiente
 Espectaciones secretas.

Al fin aparece el cura,
 Después de no larga espera,
 Ostentando las insignias
 Que siempre que oficia, lleva.
 Es un viejo no muy viejo,
 De faz varonil y abierta,
 Y cráneo desnudo, en parte
 Cubierto de albas guedejas;
 De frente espaciosa y blanca,
 Cuna de altivas ideas,
 A la cual sublime ensueño
 Forma brillante diadema;
 De ojos dulces y tranquilos
 Cual agua limpia y serena,
 Que lejanos horizontes
 Desde el ideal otean.
 Y subiendo al ara santa
 Que los creyentes veneran,
 Con unción el Sacrificio
 De la Redención renueva.
 Y cuando su blanca mano
 El hostia alzada presenta
 Para que todos la adoren,
 Para que todos la vean,
 Ardiendo en amor profundo
 La gente sencilla y buena,
 Hasta Dios eleva el alma
 Y el suelo contrita besa.

En la obscuridad, la hostia
 Resplandece como estrella,
 Y es tan blanca, que parece
 Dotada de refulgencia,
 Como el astro que á los Magos
 Salidos de ignotas tierras,
 Y á los humildes pastores
 Llevó al portal de Judea;
 Cual la que brilla apacible
 Por cima de mar revuelta,
 Y al navegante perdido
 A puerto seguro lleva.
 A la bendición, el cura
 Desde el altar, la faz vuelta
 Hacia el pueblo, conmovido,
 Hablóle de esta manera:
 "Pueblo, ya oraste contrito,
 Y tu alma cual puro incienso
 Escalando el cielo inmenso
 Ascende hasta el infinito.
 "Has adorado de hinojos
 Con religioso fervor,
 El Sacrificio de Amor
 Que renové ante tus ojos.
 "Dios por su inmensa bondad
 Siendo el Invencible, el Fuerte,
 Se allanó á sufrir la muerte
 Por darte la libertad.
 "Y con sangre de sus venas
 Que virtió en la santa cumbre,
 Te arrancó á la servidumbre
 Y destrozó tus cadenas.
 "Desde el glorioso momento
 En que fuiste rescatado,
 Eres libre, pueblo amado,
 Como las aves y el viento.
 "Y satisfecho y feliz
 Poniendo en alto el anhelo,
 Sólo ante el Señor del cielo
 Debes doblar la cerviz.

"¿Por qué entonces, al través
 De mis lágrimas ansiosas,
 Miro en tus manos, esposas,
 Y cadenas en tus pies?
 "¿Por qué descubro al destello
 De nuestro sol refulgente,
 La vergüenza de tu frente
 Y la argolla de tu cuello?
 "En inolvidables horas
 De labor y de cariño,
 Abrí tu alma de niño
 A las artes redentoras.
 "Así anhelé de tu cruz
 Aliviar el triste peso,
 Haciéndote erguir al beso
 Inefable de la luz.
 "Mas no quieren tus verdugos
 Que te yergas. Con reproche
 Ven la luz, porque en la noche
 Se forjan y atan los yugos.
 "Y con recelo demente
 Burlando tu aliento bravo,
 Con marca de vil esclavo
 Siguen quemando tu frente.
 "¡Alza, pueblo! no toleres
 El baldón, sumiso y quieto;
 Sólo callan tras el reto
 Las infelices mujeres.
 "¡Alza! en la dura aflicción
 El alma viril y fuerte,
 Prefiere lucha con muerte
 A vida con abyección.
 "De Dios y la humanidad
 Tu alma encendí en el ardor;
 ¡Hoy te predico el amor
 De la santa libertad!
 "¡Tus hijos trueca en soldados,
 Tu sumisión en venganza,
 Y vuelve puntas de lanza
 El hierro de tus arados!

"Aunque la vida abracé
Que del combate me ahuyenta,
A la batalla sangrienta
Contigo también iré.

"Débil contingente soy
Para la lucha temida:
¡No tengo más que la vida,
Pero toda te la doy!

"En mi mano fatigada
Verás brillar el acero:
¡Oh pueblo! seré el primero
En la gloriosa jornada.

"Que tu acento airado vibre
Gritando á la faz del sol:
¡Muera el poder español!
¡Viva la América libre!"

III

Como en cielo de zafiro
Que espejo limpio semeja,
Surgen á la voz del noto
En tropel las nubes negras,
Y el espacio se obscurece,
El firmamento retiembla
Y en el seno del abismo
Vibran las rojas centellas:
Así del altivo cura
La corta y viril arenga
Tornó campo de batalla
En un momento la aldea.
A dar principio á la lucha
El vecindario se apresta,
Sintiendo en el pecho alzarse
De patria el ansia suprema;
Y quién requiere el caballo,
Quién la olvidada escopeta,
Quién la enmohecida lanza,
Quién la espada roma y vieja;
Y quién, falto de recurso,
Del azada mano echa.

O bien la bíblica honda
Coge de nuevo y la piedra.
Y así la turba insurgente
De hombres y niños, revuelta
Cual mar encrespada, al cura
Inerme y sublime cerca;
Y el párroco, improvisado
General, á su cabeza,
Sale del pueblo vestido
Por esplendor de epopeya.

Y aquella hueste confusa,
Cual onda que el mar avienta,
Y que á cada paso crece,
Y á cada instante se eleva,
Llega á pueblo comarcano
Arrolladora y soberbia;
Y allí, de la Santa Virgen
Con osada reverencia,
Coge un retablo del templo,
Y lo convierte en bandera.....
Es copia de aquella imagen
Que en el Tepeyac se ostenta,
Y en cuyas benditas aras
Siempre se ven rosas frescas;
De la que fué en la conquista
Intercesión y clemencia,
Sonrisa en la servidumbre
Y en la noche alba risueña.
Con ella como guión
Suspendida á lanza enhiesta,
Aquella hueste confusa
Que darse una patria intenta,
Ni habrá peligro que esquite
Ni hazaña que no acometa.
Ella la guiará al combate,
Y en la lid sañuda y recia,
Le dará tumba gloriosa
O palma triunfal y eterna.
Y allá va la ruda hueste,
Ola humana, tromba inmensa,

Que inunda campos y villas,
De la llanura á la sierra;
Y batiendo como ariete
Viejos muros, torres pétreas,
Ora en marea montante
O bien en baja marea,
Llega al través de los años
Indómita y altanera,
Hasta el trono virreinal
Que al fin bate, mina y vuelca.
Y al bajar la marejada
Dejando libre la tierra
Quedó en pie sobre el nopal
Triunfante el águila azteca.

IV

¡Oh, campana de Dolóres,
Bronce de sagrada lengua,
Que en doble noche de sombras
Anunciaste una alba excelsa!
Tú hiciste saber al mundo,
Al son de rotas cadenas,
La salida victoriosa
Del sol de la libre América;
Tú hiciste en solo un instante
Una falange guerrera,
De una raza sin anhelos
Tres siglos dormida y sierva;
La cual escribió en la historia
Con legendarias proezas,
A la Libertad sublime
Inolvidable poema.

¡Si el fiero destino un día
Nos pone otra vez á prueba,
Y la patria que evocaste
Combatida bambolea,
Tu voz vibrante y gloriosa
Como antaño, lanza y suelta,
Para que surjan de nuevo
Los héroes á la pelea!

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.



LA DECAPITACION

De Chihuahua, en el convento
de los padres franciscanos,
y en la noche de aquel día
en que fué sacrificado
el que nuestra independencia
proclamara sin recato,
yacian varios religiosos
el "de profundis" rezando
ante el cadáver del héroe,
que aún estaba ensangrentado;
cuando de improviso, un indio
tarahumar penetró al claustro,
armado de curvo alfanje,
y hasta el cadáver llegando,
de un solo tajo cortóe
la cabeza al noble anciano,
que más que saña, inspiraba
respeto profundo y santo;
mas el indio, en su barbarie,
sin conciencia de aquel acto,
arrabató la cabeza,
tomándola por el cráneo,
y la llevó, cual trofeo,
ante el sátrapa inhumano
que le ordenó cometiera
tan infame desacato.

Ante aquella acción salvaje,
 los religiosos guardaron
 el más profundo silencio,
 sobrecogidos de espanto,
 y tomando el tronco inerte
 de aquel varón esforzado,
 lo llevaron á la Iglesia,
 donde lo depositaron
 en la cripta del convento,
 para lograr escudarlo
 de alguna acción más villana
 ó de un más cruel atentado.

Tales hechos, dan idea
 de aquella época de atraso;
 de aquel gobierno que hacía
 alarde de ser tirano,
 y de la lucha emprendida
 para romper ese lazo,
 que la conquista formara
 al descubrirse este vasto
 y fecundo territorio,
 que fué de Colón el lauro.

Aquella cabeza augusta
 del heróico Cura Hidalgo,
 y las de Allende, y Aldama
 y Jiménez, denodados
 campeones, que por la patria
 su vida sacrificaron,
 fueron expuestas en jaulas
 y conservadas por años
 ante el pueblo que habitaba
 por entonces Guanajuato.
 Once años allí estuvieron
 de Granaditas en lo alto
 de sus ángulos, la saña
 de aquel gobierno mostrando;
 hasta que el noble derecho
 de libertad, desligando
 á la patria de Cuauhtémoc
 del conquistador hispano,

la sangre de aquellos mártires
 vengó, del país arrojando
 la escoria de "Encomenderos"
 y de "Adelantados"
 que absorbían las riquezas,
 cometiendo desacatos
 en las honras y en la vida
 de este pueblo soberano.
 Entonces, esas cabezas
 la veneración causaron:
 y lo excelso de esa lucha,
 que duró tan luengos años,
 quedó marcado en la historia
 para oprobio de tiranos,
 y como si fuera inscrito
 con fulguraciones de astros.

RAFAEL DYL CASTILLO.

Monterrey, Mayo 10 de 1910.



LA ESPOSA DEL INSURGENTE

I

¡Oh cuán bello es el Chapala!
En sus orillas hermosas,
Se pasan horas sabrosas
Al lado de un pescador;
De cuya boca escuchamos
Mil fantásticas historias,
Que son guardadas memorias
Del patriótico valor.
Hoy voy á contaros una
Tal como me la contaron,
Y del pueblo la tomaron
Y el pueblo dizque la vió.
Si no es un bello romance,
No puede llamarse cuento;
“Y pues la historia no invento,
Responda el pueblo y no yo.”
“—Alzados están los indios
Contra el rey nuestro señor;
Id, don Ángel de Linares,
Sosegad esa región;
Hánse hecho fuertes en la isla
De Mescala. . . . ¡vive Dios!
Mas con privarlos de vívres
Y tener algún valor,

Quedarán escarmentados;
Conque. . . . id Linares con Dios.”
“—Se dice que son valientes
Y tienen tanto furor. . . .”
—“¡Y bien! ¿qué importa. . . ? llevais
Un completo batallón.”
—“Pero. . . .

—“¡No gusto de réplicas!
Salid pronto, que si no
Creeré que sois un cobarde
Cuando no seais traidor.”

Esto decía furioso
El general español
Don José de la Cruz, hombre
Que un tiempo á temerse dió
Cuando á gobernarnos vino
Por el rey nuestro señor,
Como él decía, retorciendo
Su bigotazo feroz.

Salió el pobre de Linares
Lleno de miedo y terror;
Al cuartel encaminóse,
Y á Chapala se marchó.

II

Quieta está Guadalajara,
Ciudad de placer y amor,
La del cielo de zafiro,
La del espléndido sol. . . .

Desque el Venerable Alcalde,
Ilustrísimo Pastor,
Entre otras obras grandiosas
El hospital concluyó,
Ya no se exhala en el centro
Aquel inmundo fetor:
Los “tejabanes” cayeron
Que Cruz así lo mandó:
Y todos tiemblan, que el hombre
Hace temblar al valor;

Ejemplo fué en el palacio,
 Por el principal balcón,
 Con los pies hacia el zenit
 A un empleado mostró,
 Y lo suspendió en los aires
 De manera muy atroz.

Llegó Linares por fin,
 A la orilla más hermosa
 De Chapala, dó la rosa
 Nace y el blanco jazmín..

Dó sopla un viento dormido,
 Cargado siempre de aromas,
 Donde anidan las palomas,
 Donde todo es tan sentido.

Donde el sol cuando fulgura
 Sobre las ondas de plata,
 También las formas retrata
 De pregrina hermosura.

Porque entre tantos placeres,
 En las horas calurosas,
 En las ondas sonoras
 Bañanse allí las mujeres.

Mujeres de encantos llenas
 Que si un vate las mirara,
 Tal vez en ellas pensara
 Ver multitud de sirenas.

Linares, aunque algo viejo,
 Y además de genio adusto,
 Como todo hijo de Adán
 Tiene ribetes de tuno:
 Gusta mucho de mujeres;
 (¡Y en verdad no es malo el gusto!)
 Y al ver que ofrece el Chapala
 En lugar de indios negruzcos,
 Beldades que aunque morenas
 Tienen gracia hasta lo sumo:
 Dijo, "no es malo el bocado,
 Paguen éstas el tributo;"
 Y á solas alzó un harem
 Que se disipó cual humo.

"Venga el sargento Rosales,"
 Gritó el coronel sañudo,
 Y vino luego un sargento
 Con uniforme "toluco."
 —"Mi coronel."

—"¿Y qué has visto?"
 —"¿Qué he visto...? un salero chulo,
 Un rostro que me ha dejado
 Que casi me descoyunto,
 Y unos ojos, y unas cosas,
 Y una boca, y una... y uno..."

—"¡Haragán! de burlas basta."
 —"Es, por Dios, que no me burlo."

—"Pues hable como la gente
 Y no siga con sus unos,
 Que he de hacer los continúe
 Colgado de un buen carrucho."

—"¡Yo, ¡seré tal vez judío!
 O seré hereje ó moruno....."

—"Diga usted lo que ha mirado
 Y no hablemos de otro asunto."

—"Pues señor; es una niña
 Que vive ahí, en mi jonuco,
 Mujer diz de un insurgente,"
 —"Que colgarémos."

—"Es justo....."

Pero el demonio del hombre
 Metido está en el tumulto
 De la isla."

—"Bueno, bueno,

A la noche iremos juntos
 A la casilla; entretanto,
 Si quieres vida... ¡está mudo!"
 Y enseñóle un luengo "estoque,"
 Y á su recámara entró;
 Y el sargento se marchó
 Diciendo: "ni rey, ni roque."

Está quieto el campamento
 Y los soldados dormidos,
 Murmura apacible el viento,

Mintiendo á veces gemidos,
O mintiendo algún lamento.

La voz de los vendabales
No agitaba la laguna;
En las ondas desiguales
Reflejaba blanca luna
Como en hermosos cristales.

¡Ay del que siente en su seno
Aguijón de torpe vicio!

¡Ay del que marcha sereno
De loca esperanza lleno
Al profundo precipicio!

¡Ay del que piensa que amor
Guardan para él las mujeres,
Y sólo encuentra rigor
Y dó buscaba placeres
Negra fuente de dolor!

III

Marcha Linares, guiado
Por el sargento Rosales:
Validos van del silencio
Y con pistolas y sable....
¿A dónde así se dirige?
¡Ah! que él mismo no lo sabe.
Le han dicho que allí se encuentra
La reina de las beldades,
¿Y un coronel español
Asalta así los "jacales?"
¡Buenas son las reflexiones
Cuando se enciende la sangre!
"Es hermosa", le dijeron,
Y él se dijo: "á conquistarla",
"Es mujer de un insurgente."
"¡Mejor! esos desleales
Merecen sólo el patíbulo
Por traidores y cobardes."
Y con tales pensamientos
El buen don Angel Linares,

(Que yo creo que ni era "bueno"
Ni debía llamarse Angel),
Acercóse á la cabaña
Con el sargento Rosales.

"Patrona, algo de cenar."
Así gritaba el sargento

Acabando de llegar:
"Abra, que si no al momento
La puerta he de derribar."

"Van, señor"; dijo una voz
Femenina y temblorosa,
Voz argentina, armoniosa,
Que hirió á Linares veloz
Como saeta amorosa.

Y abrió la puerta una vieja
De ya arrugado semblante,
Con faz como de corneja,
Y en mano una candileja
Trémula y agonizante.

"¡Oh! no es esa la que habló.....
Dijo Linares, "¡no tal!"
La vieja dijo que no,
Y tras ella se asomó
Un indio con un puñal.

"Traición" gritó el coronel
Echando un paso hacia atrás,
Y el indio salió diciendo:
—"Señor, traidores no hay,
No tembléis al ver que tengo
En la mano este puñal,
Que es bella mi hija y casada;
Su marido aquí no está,
Y entre tanto que él no venga
Este ha de ser su guardián."
—"¡Pues bien!, por esa hija vengo,
Dámela, ó por Satanás
Que te hago colgar mañana....."
—"Llevala.... pero mirad...."
Así el indio respondiendo
Enseñaba su puñal,

Lloraba la pobre vieja
Y lloraba la beldad,
Que ocasión era inocente
De riña tan desigual.

—“¿Me la das, ó te la quito?”
—“Quítamela, claro está;
Pero antes por mi cadáver
Los dos habéis de pasar.”

Oyese después un trueno,
Y de la bala el silbar
Que rasgó del indio el seno
Que cayó triste á expirar.

IV

Entre las ondas de plata
El sol de fuego aparece,
Alumbrando el campamento
De Linares; á unos veinte
Pasos se mira quemado
Un “jacal...” un cuerpo inerte
Sobre el que llora una vieja.
Allí está..... no hay quien se acerque.
¡Esta es la primer campaña
De aquél denodado jefe!
“Luisa”, ¡a hermosa cautiva,
Llora su maldita suerte;
Hecha presa de Linares
A quien en la alma aborrece;
Consigue que al fin el tigre
Le dé un plazo que aunque breve
Le es bastante para irse
Donde jamás vuelva á verle.

Entre tanto por la orilla
Del lago que apenas mueve
Sus olas, pasea Linares
Con un otro matasiete.
Viendo á la naturaleza
Tan hermosa, tan riénte,
Al encanto que derrama
Linares y el otro ceden.

Quiéren pasear por el agua,
Ambos á ello se resuelven,
Y órden dan que dos canoas
Al momento se aparejen.

—“Cóstearémos, coronel;
Que si los indios pudieran
Cogernos, ¡ay! nos hicieran
Pedazos...”

—“Yo su cuartel
Quisiera observar de lejos,
Mas si tanto riesgo veis....”
—“¡Coronel! si lo queréis....”
—“No, porque al fin los reflejos
Del sol no dejan que vea....
Vamos de paso.... mañana
Será otra cosa.... ¡qué ufana,
Qué mansa está la marea!”
Y los dos tal platicando
Y mil “chuscadas” diciendo
Fuéronse adentro metiendo,
La orilla lejos dejando.

De repente: “á ellos, á ellos,”
Los marineros gritaron,
Y una multitud de indios
Comenzaron el asalto;
Indios que bajo del agua
Nadaron un trecho largo,
Y sorprendieron audaces
Y las canoas volcaron.
Todo entonces fué allí sangre.
No escapó ningún soldado,
Linares murió en las aguas,
Los insurgentes triunfaron.

V

Dos días pasado habían
Y en la casucha quemada,
Rústica una cruz alzada
Recuerdo era del valor.

"Luisa" alzaba entre sollozos,
 A las ocho su plegaria;
 Cuando con fé solitaria
 Escuchó extraño rumor.
 —¡ Es él! dijo conmovida,
 Lanzóse á la hermosa orilla,
 A dó llegó una barquilla
 Que traía á un pescador.
 "¿Eres tú?" preguntaba ella,
 "¿Eres tú?" le respondía
 La voz que ella conocía,
 La dulce voz de su amor.
 Saltó á la arena el guerrero,
 Alzó á los cielos su frente,
 Pero un gemido doliente
 De su pecho se escapó.
 "¡No tengo hogar!" exclamaba,
 "Hecho allí....! está hecho ceniza...
 ¿Dónde está mi padre? ¡Luisa..."
 Y la hermosa enmudeció.
 "¡Ah! le mataron traidores
 Y aumentaron mis pesares....
 Dí, ¿quién le mató?

"¡Linares...!"

¡Padre....! estás vengado ya...."
 Una ola entonces rodando,
 Ola negra, furibunda,
 Arrojó una cosa inmunda
 Murmurando: "hélo, allá va...."
 Lanzó un grito de agonía
 La esposa del insurgente;
 El cual, soldado y valiente
 A la orilla se acercó.
 Era el cuerpo de Linares
 Que las olas arrojaron....
 Al verle ambos exclamaron:
 "¡Dios que es justo, le mató....!"

PABLO J. VILLASENOR.

Guadalajara, Septiembre de 1851.



ACAPULCO

(Agosto de 1813.)

Altos montes, altos montes
 De la soberbia Acapulco,
 Regad de flores los mares,
 Arcos levantad de triunfo,
 Que estáis mirando á Morelos,
 Que es vuestra gloria y orgullo.
 En la isla de la Roqueta
 Galeana la planta puso,
 Y el castillo desde lejos
 Está diciendo que es suyo.
 Lo guarda don Pedro Vélez
 Sereno y meditabundo,
 Diciendo de cuando en cuando:
 "Perezco, y no capitulo."
 Estragos siembra la peste,
 Es el castillo un sepulcro,
 Y parece que batallan,
 Espantando, los difuntos.
 El Vélez era valiente,
 Y sin tacha entre los justos;
 Pero su deber le manda
 Quemar su último cartucho,
 Y hombres que así se educaron
 No saben cejar un punto.